

La hormiga Rabanila

en el equipo de fútbol más feliz

Berna González Harbour

Antonio Acebal

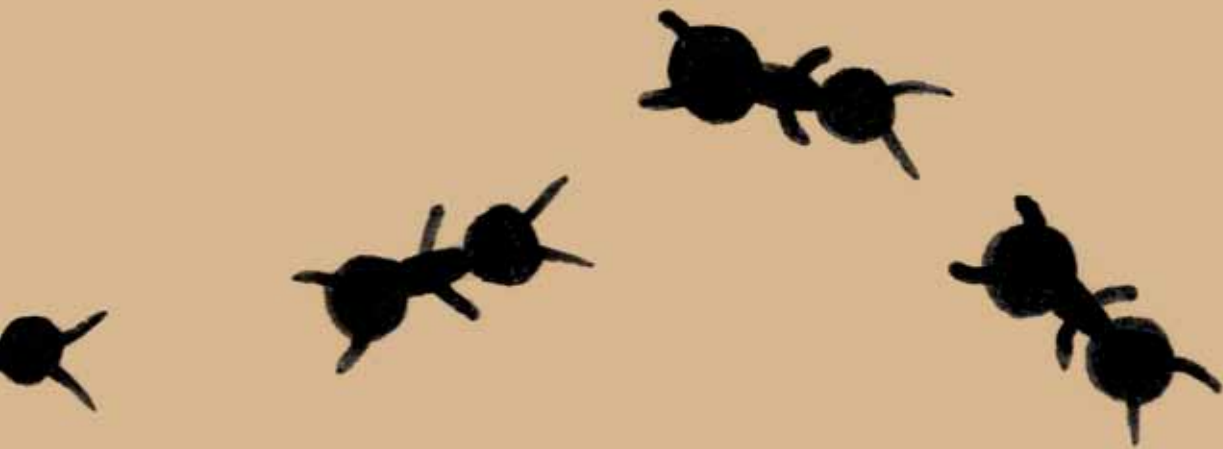


La hormiga Rabanila en el equipo de fútbol más feliz

Berna González Harbour / Antonio Acebal



Tal vez aún no me conocéis, pero soy una hormiga famosa. Me llamo Rabanila. La hormiga Rabanila. Intento portarme bien, pero al final suelo meterme en líos y hoy os quiero contar el lío más grande en el que me he visto en mi vida.



Todo empezó porque, desobedeciendo a mi madre (cosa que no hay que hacer, pero que hice), me salí de la fila de hormigas en la que caminábamos por el parque en busca de migas de pan.



¿Por qué lo hice? No tengo una buena razón, pero soy golosa, olí el rastro de un donut y lo seguí. Estaba segura de que iba a ser capaz de regresar a la fila con rapidez, pero pronto me vi encima de un zapato, después subiendo por un pantalón tras el olor que me atraía,





luego trepando por una espalda, por una mochila y, casi sin darme cuenta, estaba dentro.







Encontré el donut, pero salir de allí no era tan fácil. Sobre todo, porque el hombre de la mochila cogió un taxi, se alejó muy rápidamente y, además, se subió a un avión.





Otro día os contaré cómo se puso mi madre y el miedo que pasé, pero de momento imaginaos la situación: yo estaba metida en una mochila, encantada porque iba comiendo donuts, sí, pero volando a un país lejano del que no sabía cómo podría regresar.





Aterrizamos en un lugar arenoso, muy caluroso y con un sol deslumbrante que las azafatas llamaron Malí.





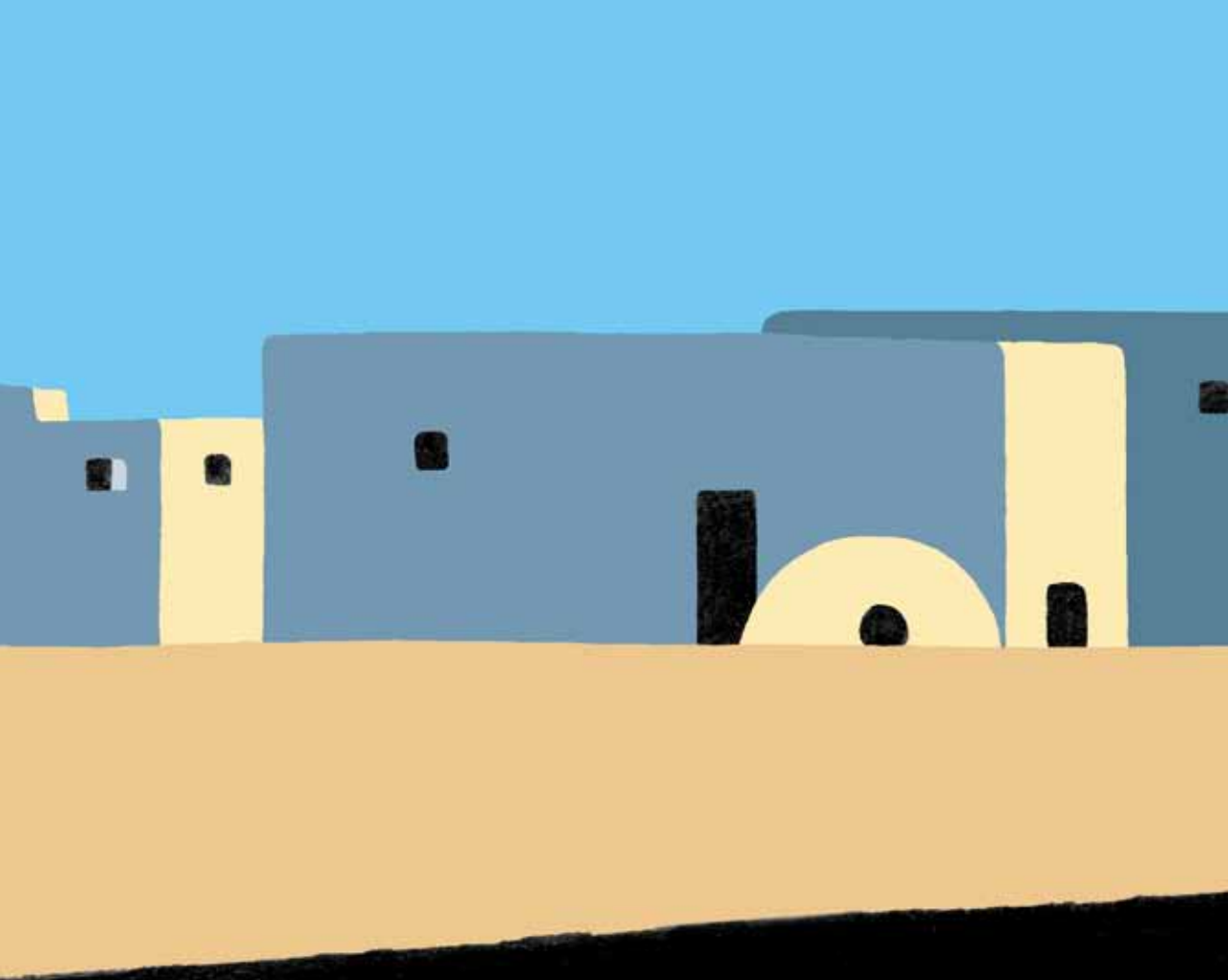


Yo me había asomado a la parte de arriba de la mochila y lo observada preocupada porque era diferente a todo lo que conocía. El hombre se montó en otro coche y viajamos hasta una casa lejana.



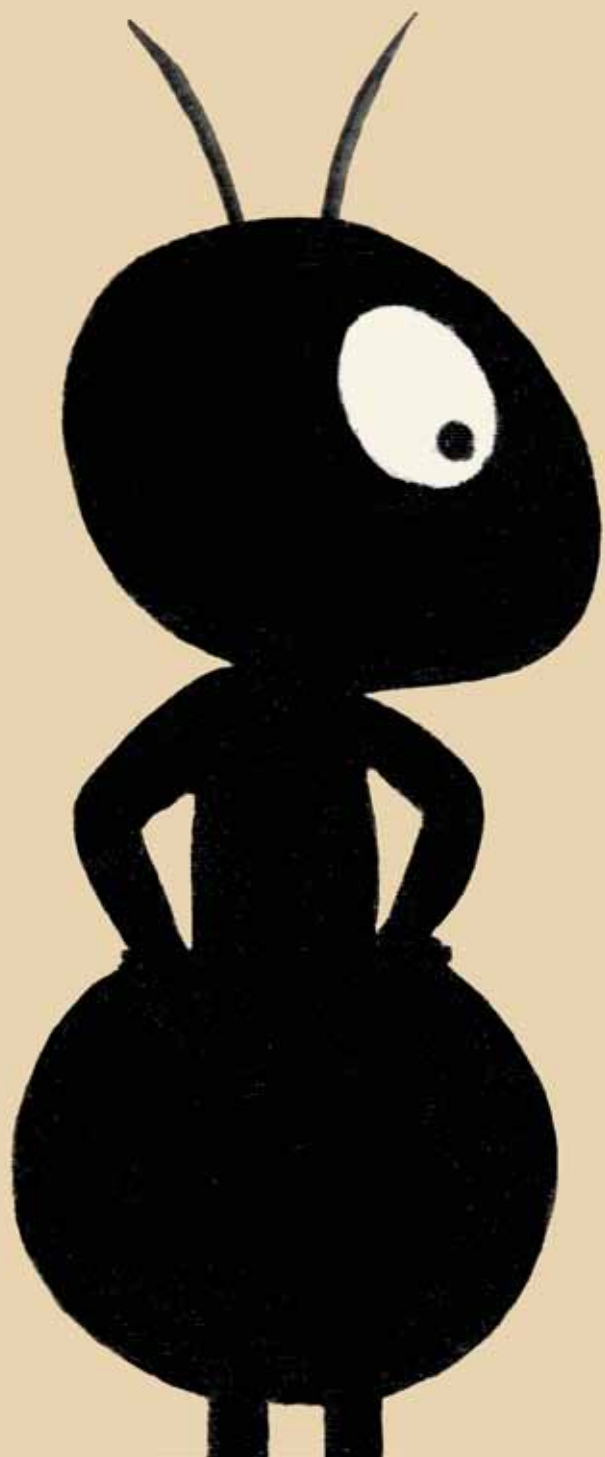
Una vez allí, me vi obligada a bajar a toda velocidad. El hombre viajero tenía hambre, había cogido un donut y más me valía ponerme a salvo. O salía corriendo o iba a acabar devorada entre sus dientes.





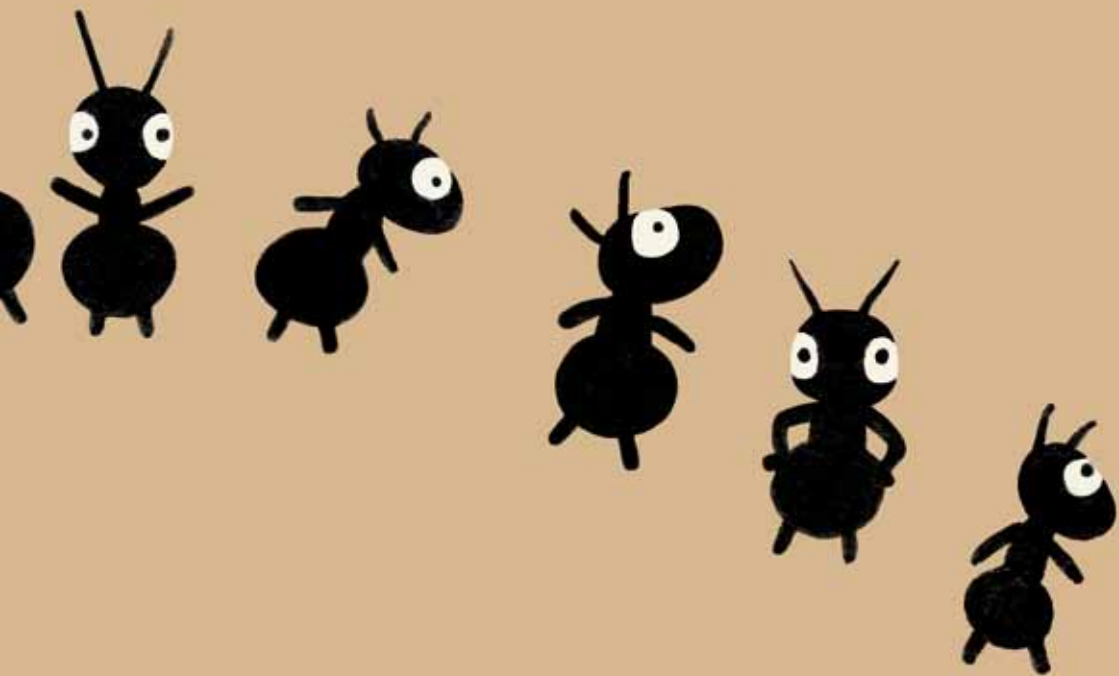
Al principio anduve despistada por el suelo y, si os digo la verdad, tenía unas ganas enormes de echarme a llorar. Me dolía la tripa y echaba de menos a mamá y a mi amiga Peregila, de la que otro día también os hablaré. Imaginaba sus gritos:



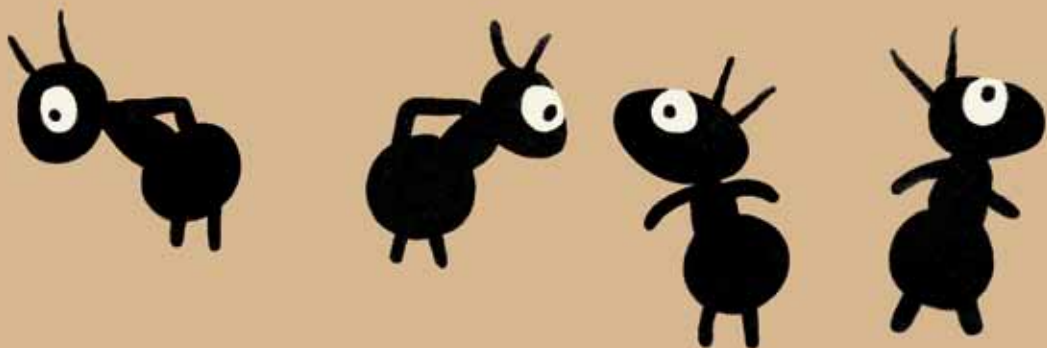


¡Rabanila! ¡Rabanilaaaaa!





Sé lo que pasa cuando una fila pierde a una hormiga, todas las hormigas buscan y buscan hasta que anochece, porque nos han enseñado a protegernos entre todas. Somos un equipo y el equipo lucha unido. Y, si no la encuentran, esa noche se hace el silencio en la colmena y nadie puede dormir. Pero ya era tarde para arreglarlo e imaginaba la tristeza de mamá, de Peregila y de todas las demás. Estaba angustiada.



Entonces, vi algo que me cortó de golpe las ganas de llorar.

A mi lado había un niño sin piernas. Le veía bien porque, al no tener piernas, estaba más cerca de mi altura. Estaba sentado en el suelo sobre su trasero. También había otro niño más alto, porque sí tenía piernas, pero no tenía manos.









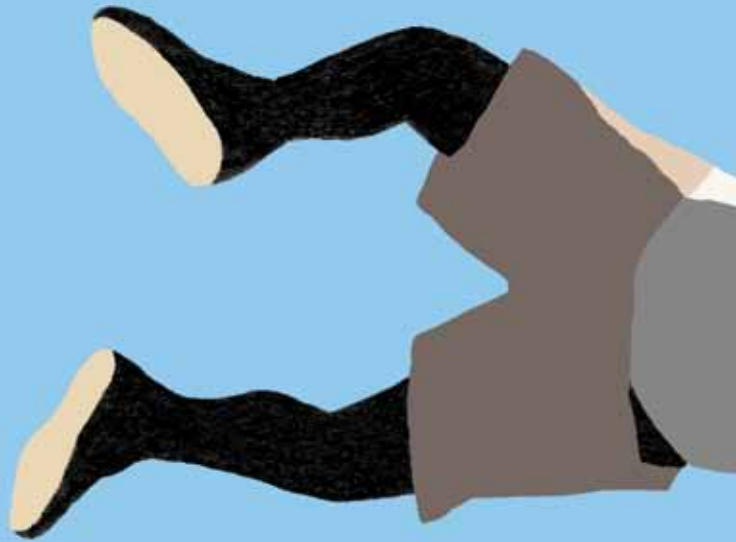
El niño sin manos chutó un balón al niño sin piernas y éste metió un gol con sus manos en una portería marcada por dos palos de colores. En nuestro mundo habrían pitado falta, pero allí todos los que pudieron aplaudieron.



Yo habría estado llorando tres meses si hubiera perdido las patas delanteras o traseras y seguramente no me habría separado de mi madre. Y, sin embargo, ellos no lloraban. Jugaban contentos y se partían de risa.



Otro niño apuntaba los goles en un tablero y también quería su turno. Éste tenía piernas y manos, pero no entendía que debía esperar porque no escuchaba. Y un hombre se lo explicó con gestos. Era sordo, pero tenía buena vista, buenas piernas y en cuanto pudo metió un gol.



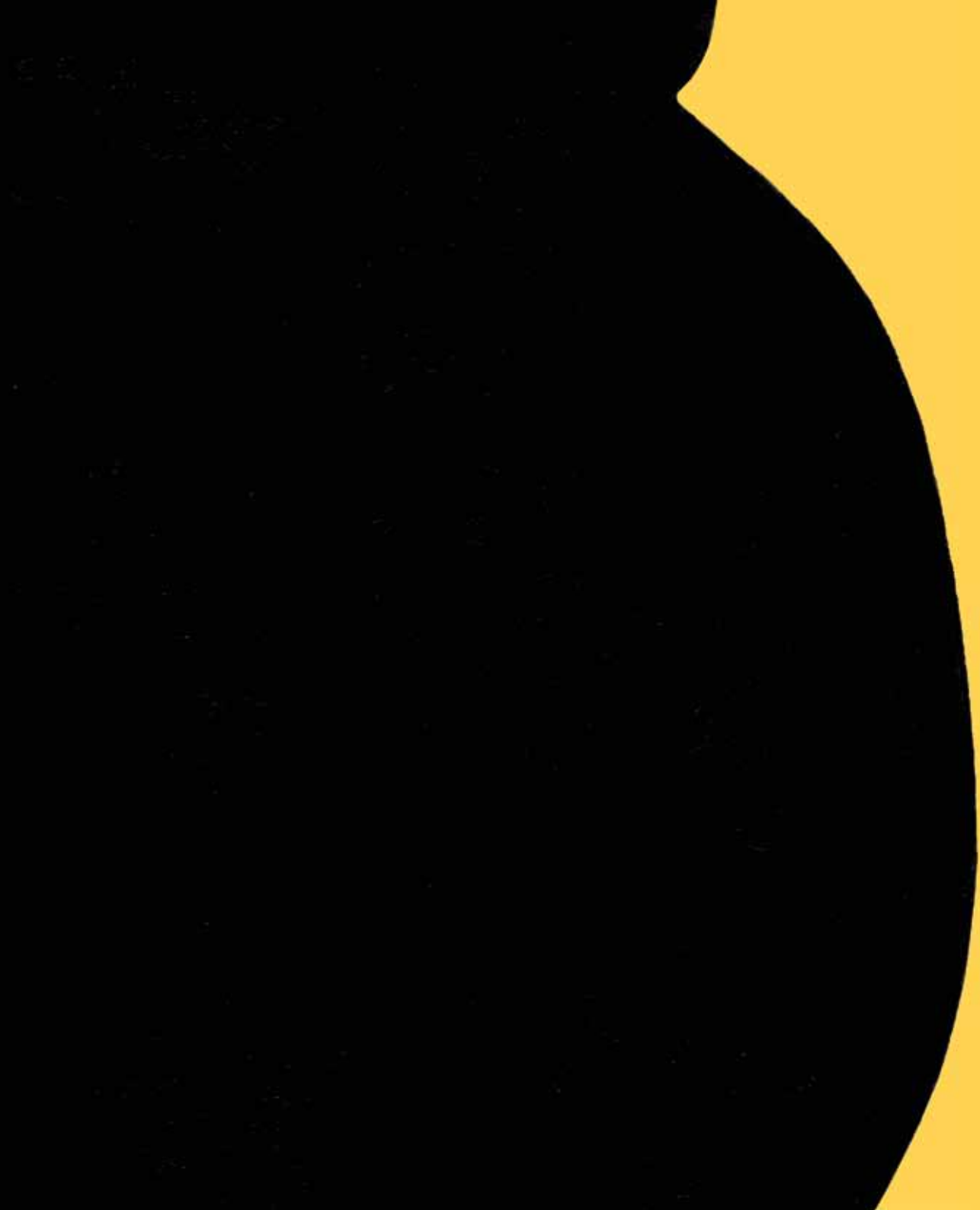




También había una niña. Esta era diferente, porque era blanca, como la mayoría de vosotros, mientras que el resto de los niños eran de color negro, como yo.



La niña no acertaba a meter gol y entonces un compañero le colocó el balón a la altura de su pie y le dijo: «¡Ahora, chuta ahora!»



La niña chutó, marcó gol y todos aplaudieron.

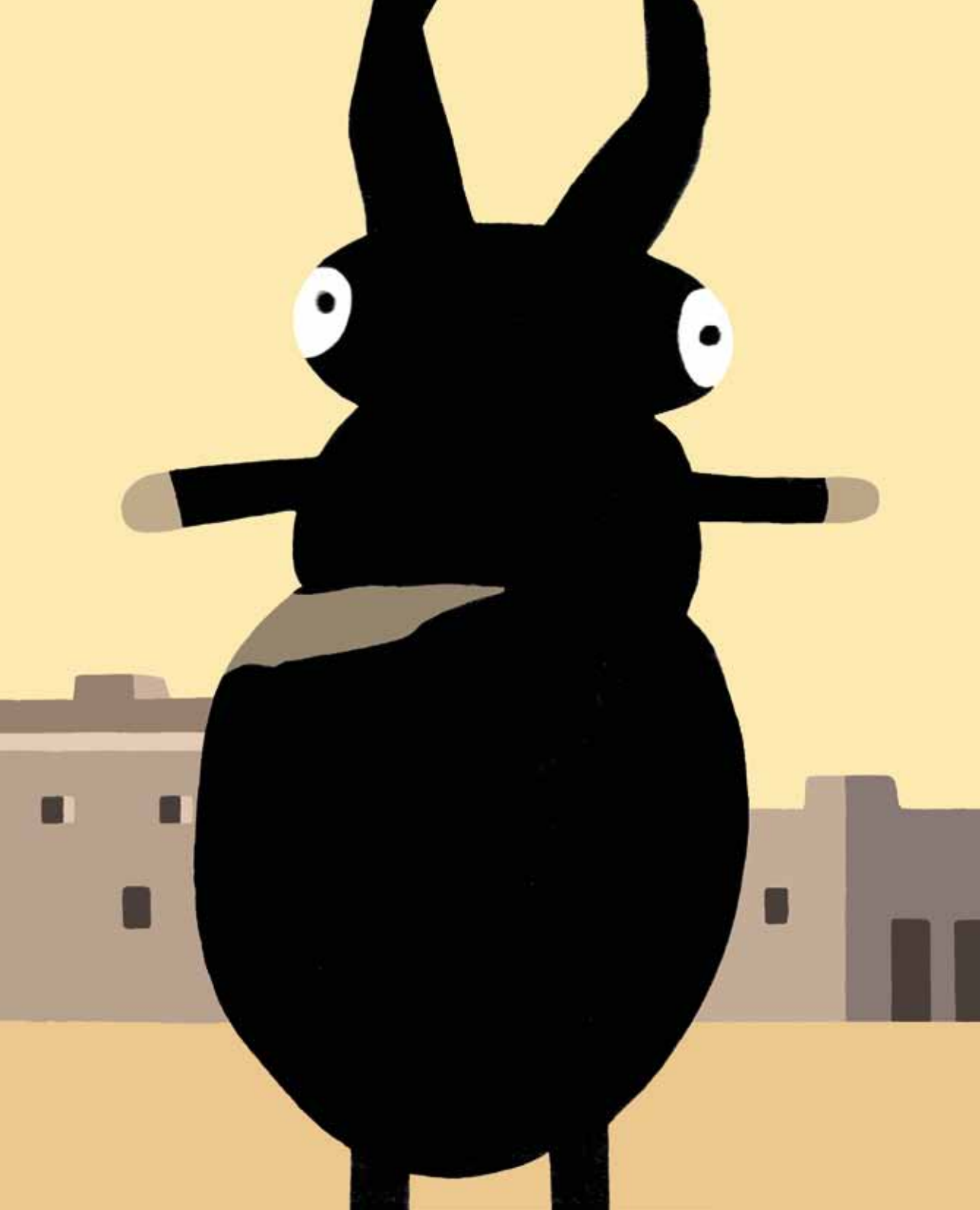
Entonces escuché una voz.

–¿Quién eres?



La pregunta me asustó. Me di la vuelta y, detrás de mí, vi un bicho enorme de colores brillantes, con antenas más grandes que las mías, que podría haberme devorado en un segundo. Era un escarabajo azulado que, sin embargo, solo quería hablar.





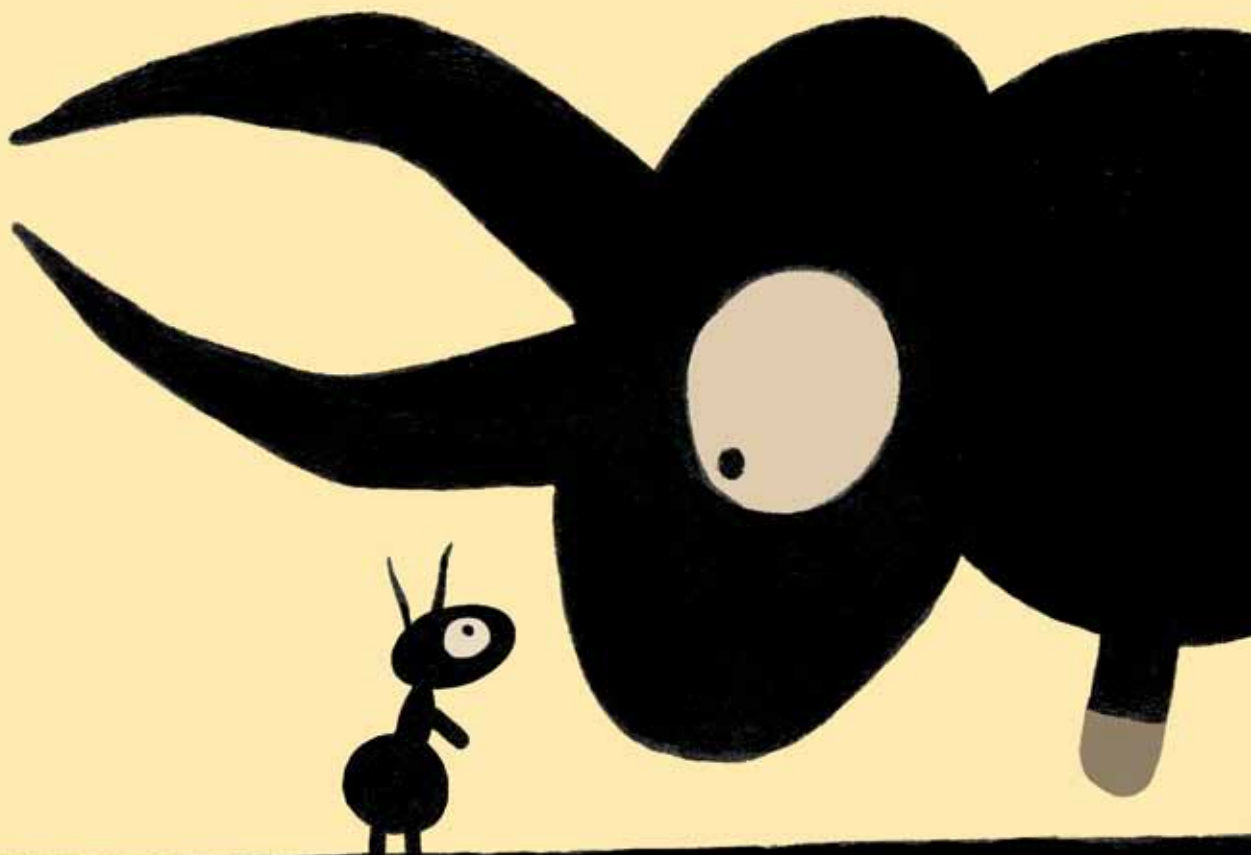
–Soy la Hormiga Rabanila. ¿Y tú?

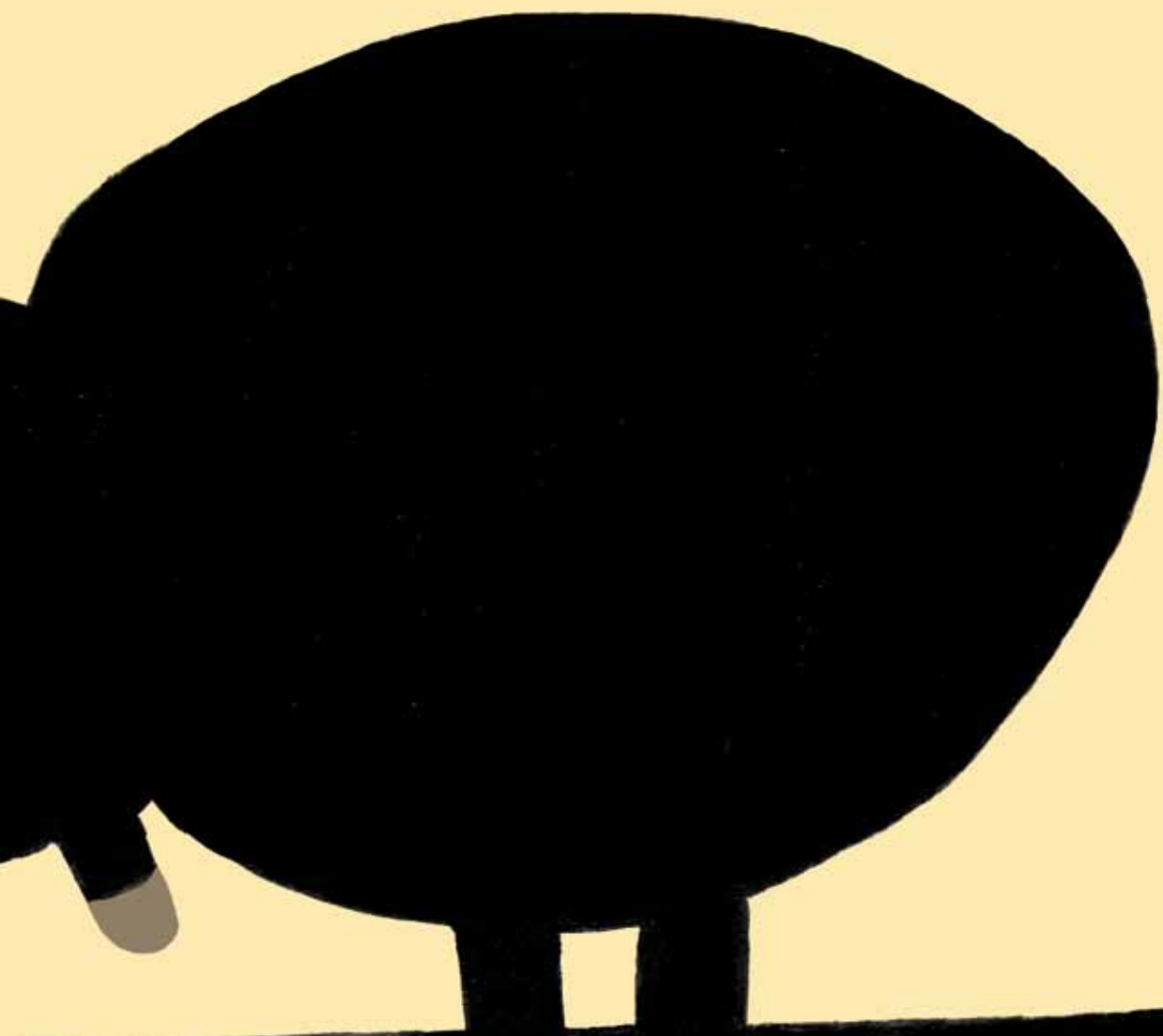
–Soy el Escarabajo Malí.

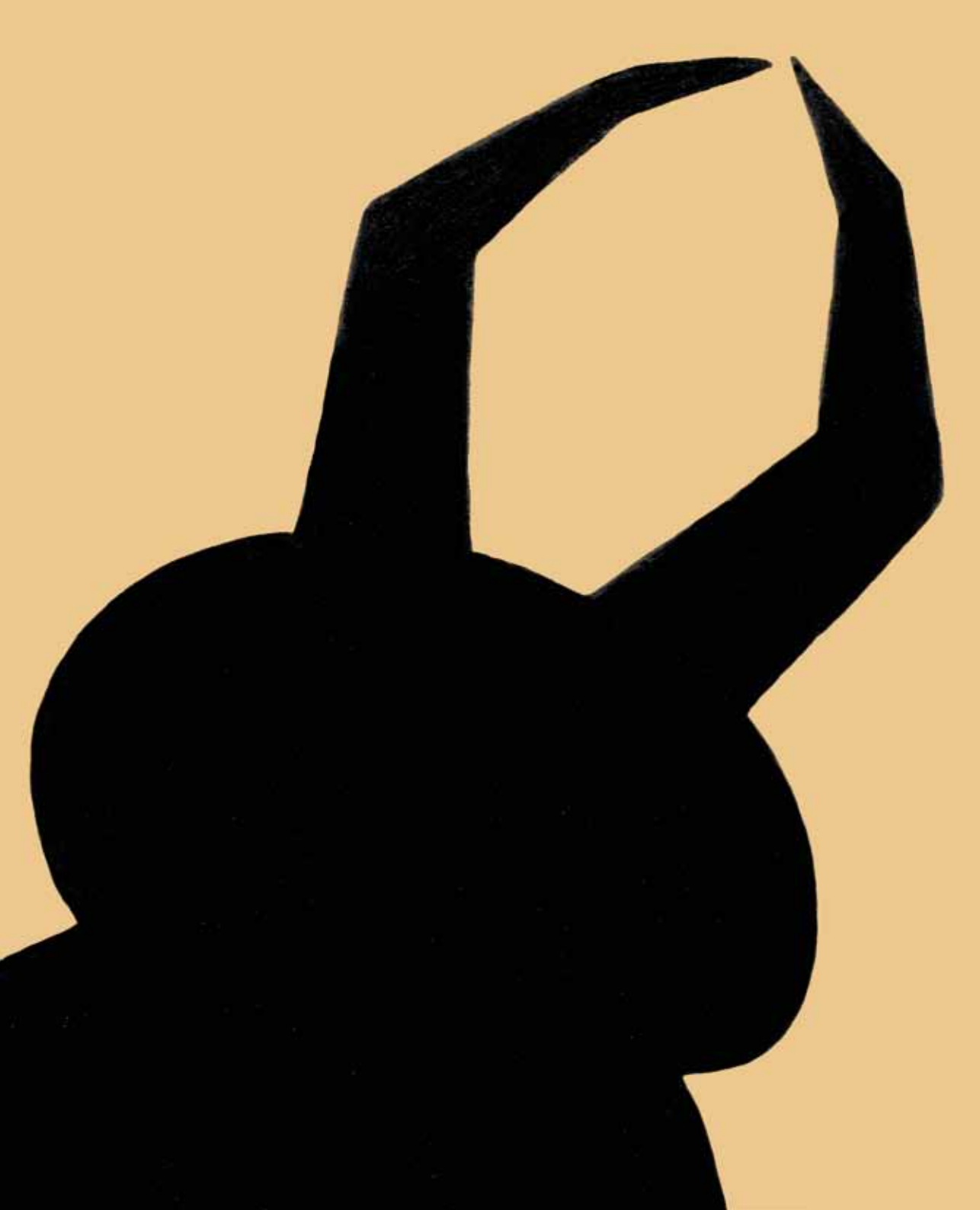
–¿Malí? ¿Como este país?

–Sí. Los niños me llaman así. Soy la mascota del equipo. ¿Te gusta el fútbol? –preguntó, señalando con la antena derecha a los niños jugadores.

–Nunca había visto niños así. ¿Qué les pasa?







–¿Qué quieres decir?

–Uno no tiene piernas, otro no tiene manos, otro es sordo y otra ciega. ¿Eso es normal?

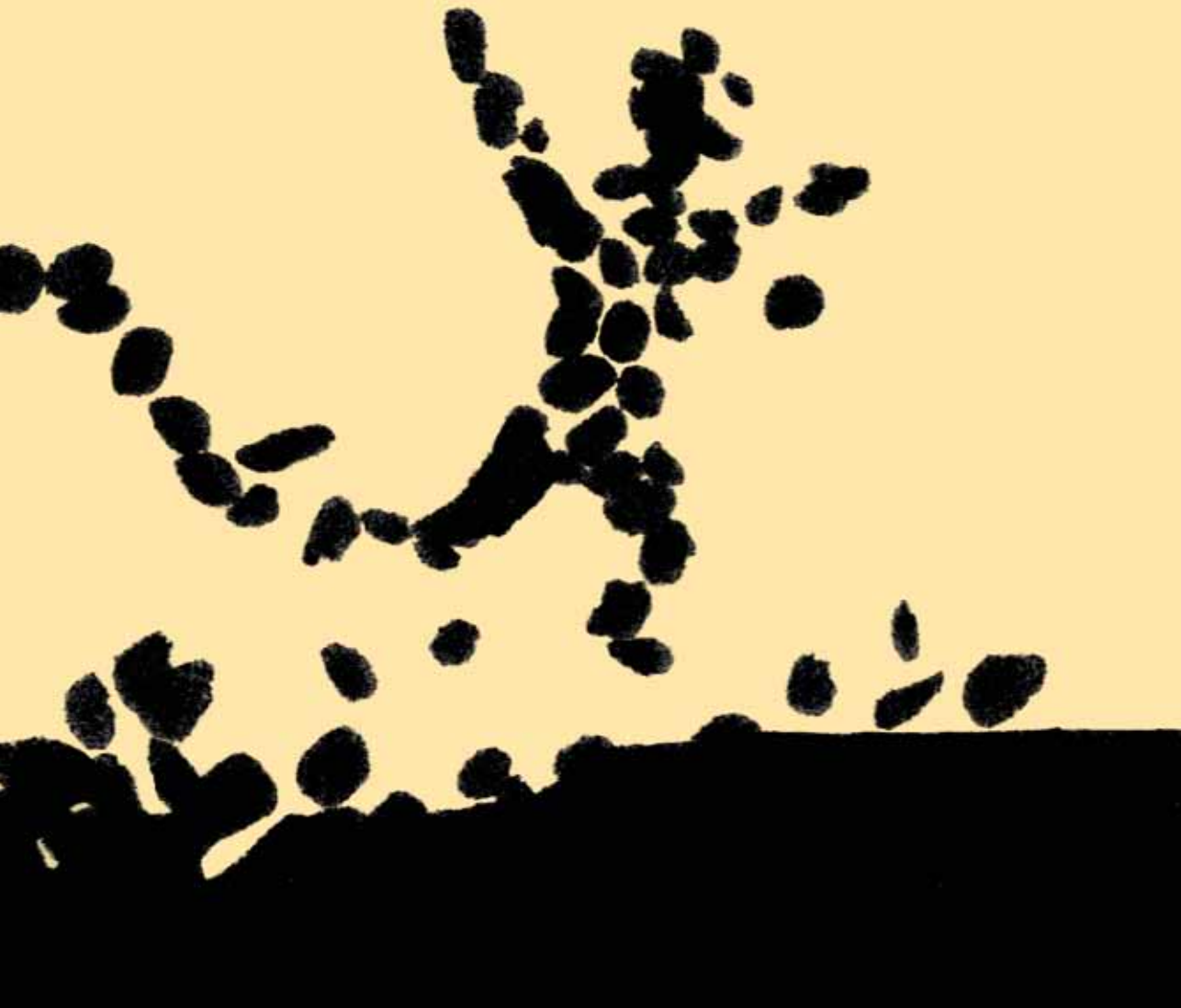
–Ja –el escarabajo se rio.– ¿Y tú eres normal?

¿Acaso yo no era normal? La verdad es que nunca me lo había planteado, pero estaba entera, oía, veía, tenía padres y tenía amigos, mientras que esos niños... No obstante, no dije nada.





–Mira –siguió el escarabajo.– El niño sin piernas viene de un pueblo donde hubo una guerra. Les estalló una bomba mientras huían, perdió a sus padres y perdió las piernas. Pero es un crack.



No pude evitar un puchero al observarlo. El chaval seguía metiendo goles sin parar con sus manos, que usaba también para desplazar el cuerpo sin piernas. Y todos lo celebraban.





–El que no tiene manos no salía nunca de su casa hasta que le trajeron aquí. Sus padres no le dejaban –siguió Escarabajo Malí.–
Ahora va al colegio con los demás.

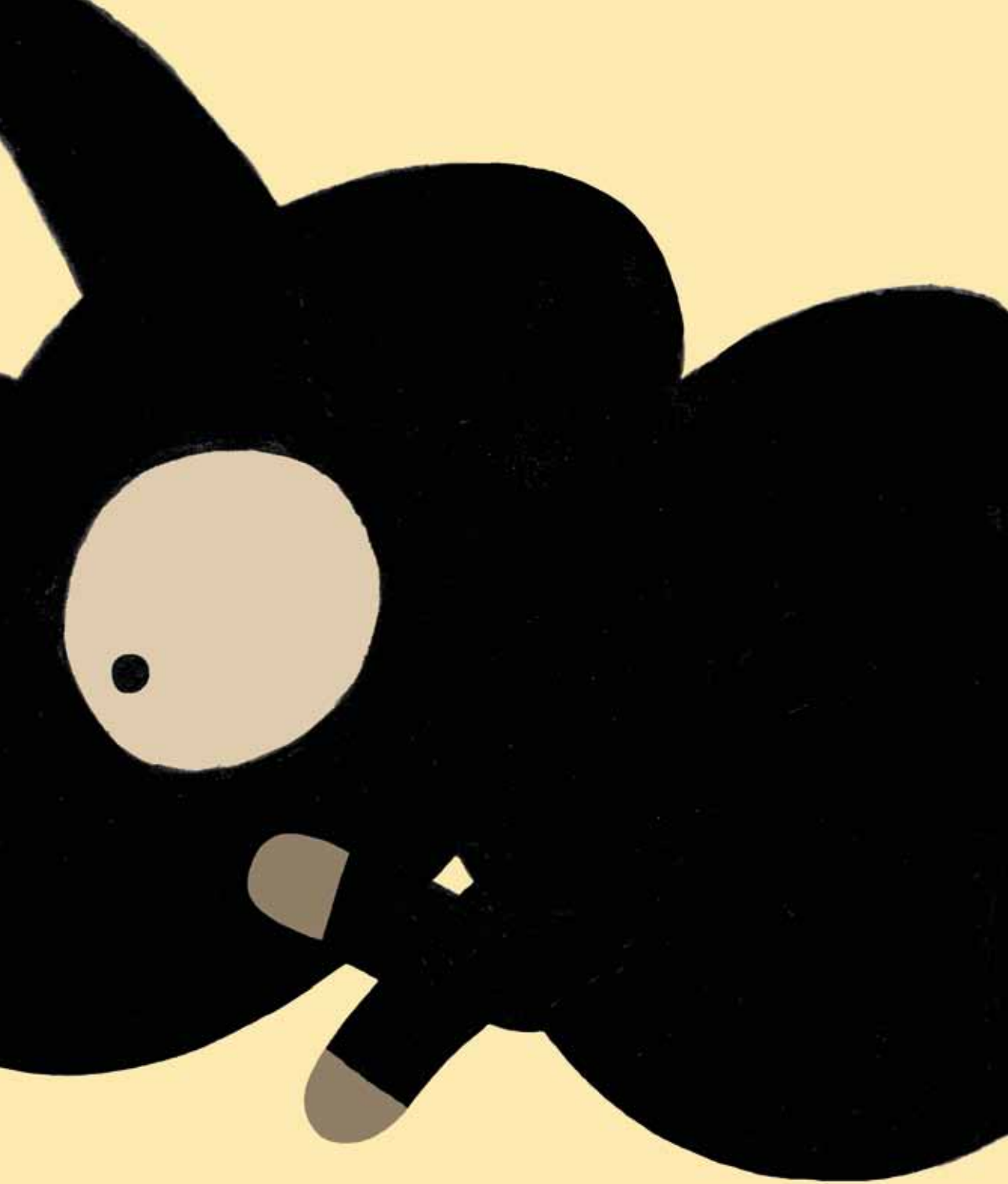
–¿Por qué no le dejaban? –pregunté.





El bicho movió la cabeza y tardó en contestar.
Cuando lo hizo, respondió en voz baja.
–Les daba vergüenza.





El niño sordo, que acababa de meter otro gol, había sufrido la polio. Y la niña albina, que es como se les llama a algunos africanos que tienen la piel blanca, era ciega.

–Ella no puede salir sola de aquí –remató Escarabajo, aún en voz baja.– Hay gente que puede hacerle daño. Pero siempre la acompañan los demás.

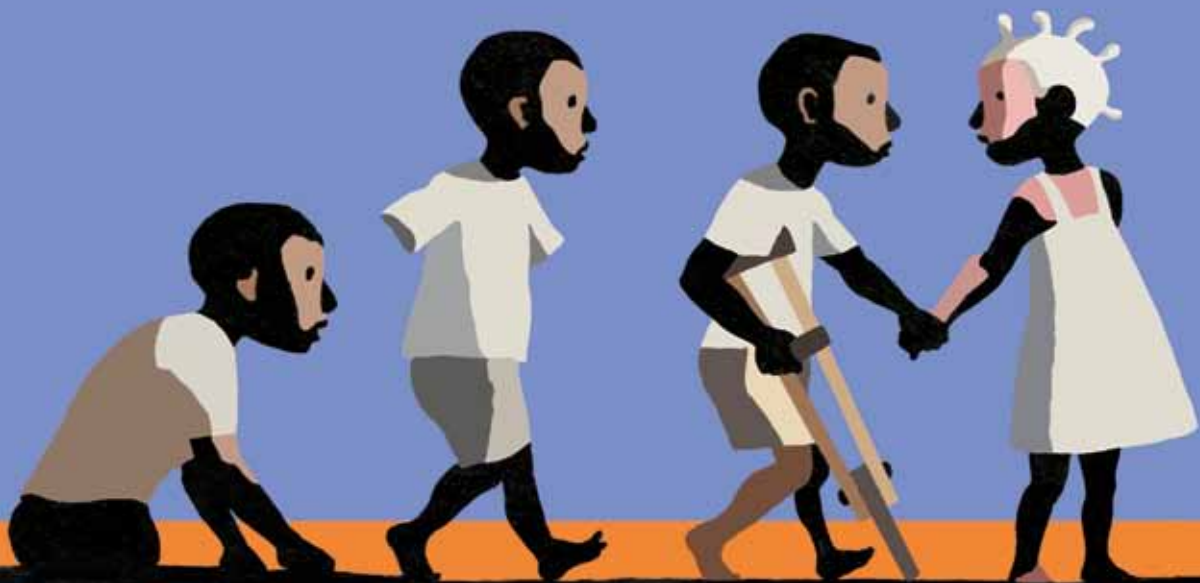




El partido siguió en marcha hasta que un hombre les mandó recoger. Iban a ir a una fiesta en el pueblo, tenían que ponerse guapos y lo iban a hacer juntos.

Aquel era el equipo de fútbol más raro que yo había visto en mi vida. Todos reían, todos lograban marcar gol y todos estaban felices.

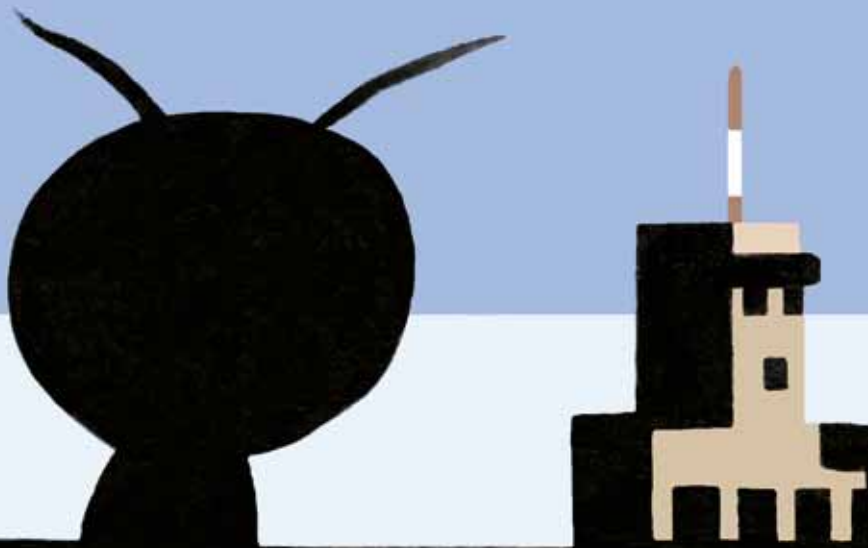
Se me pasaron las ganas de llorar.

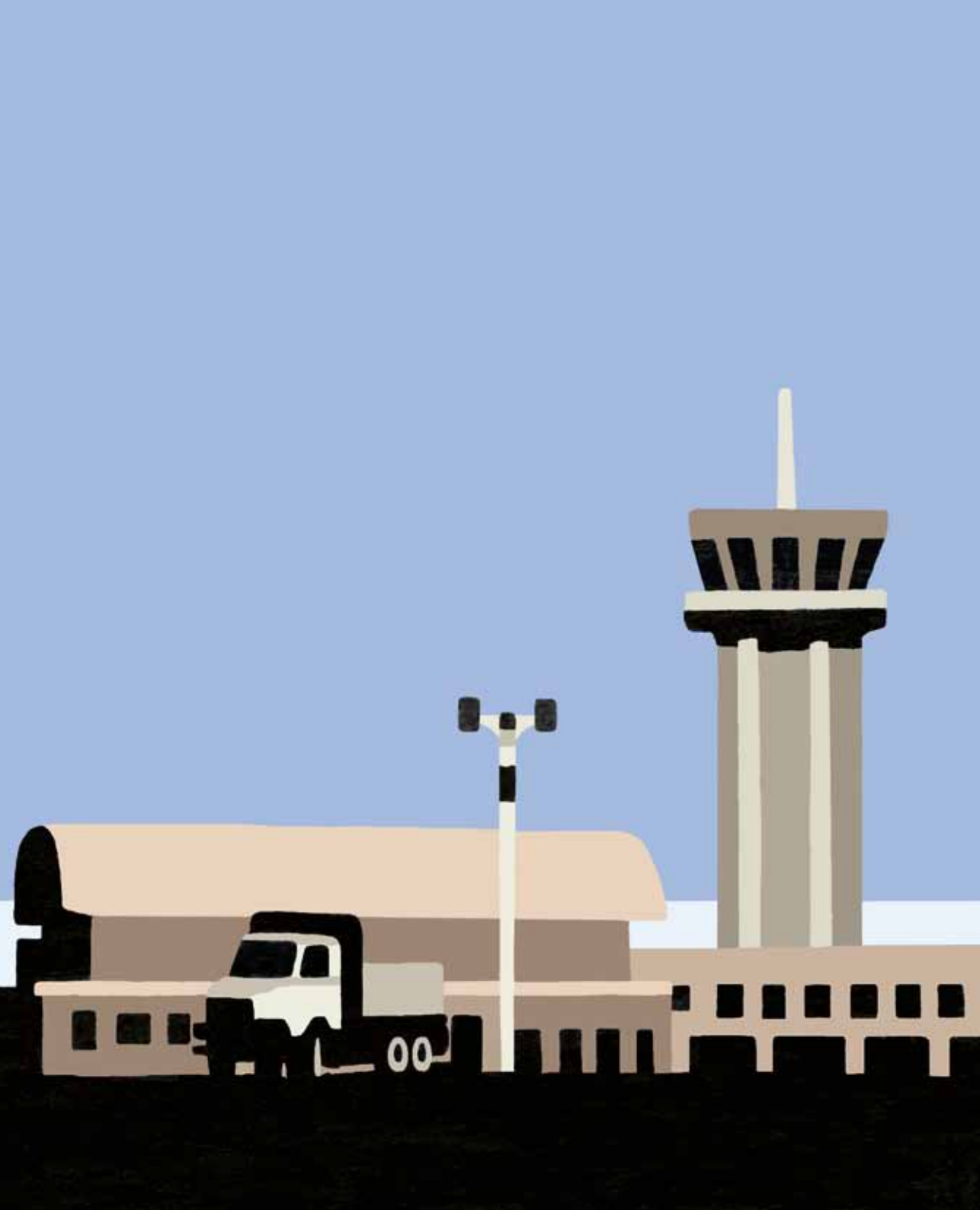




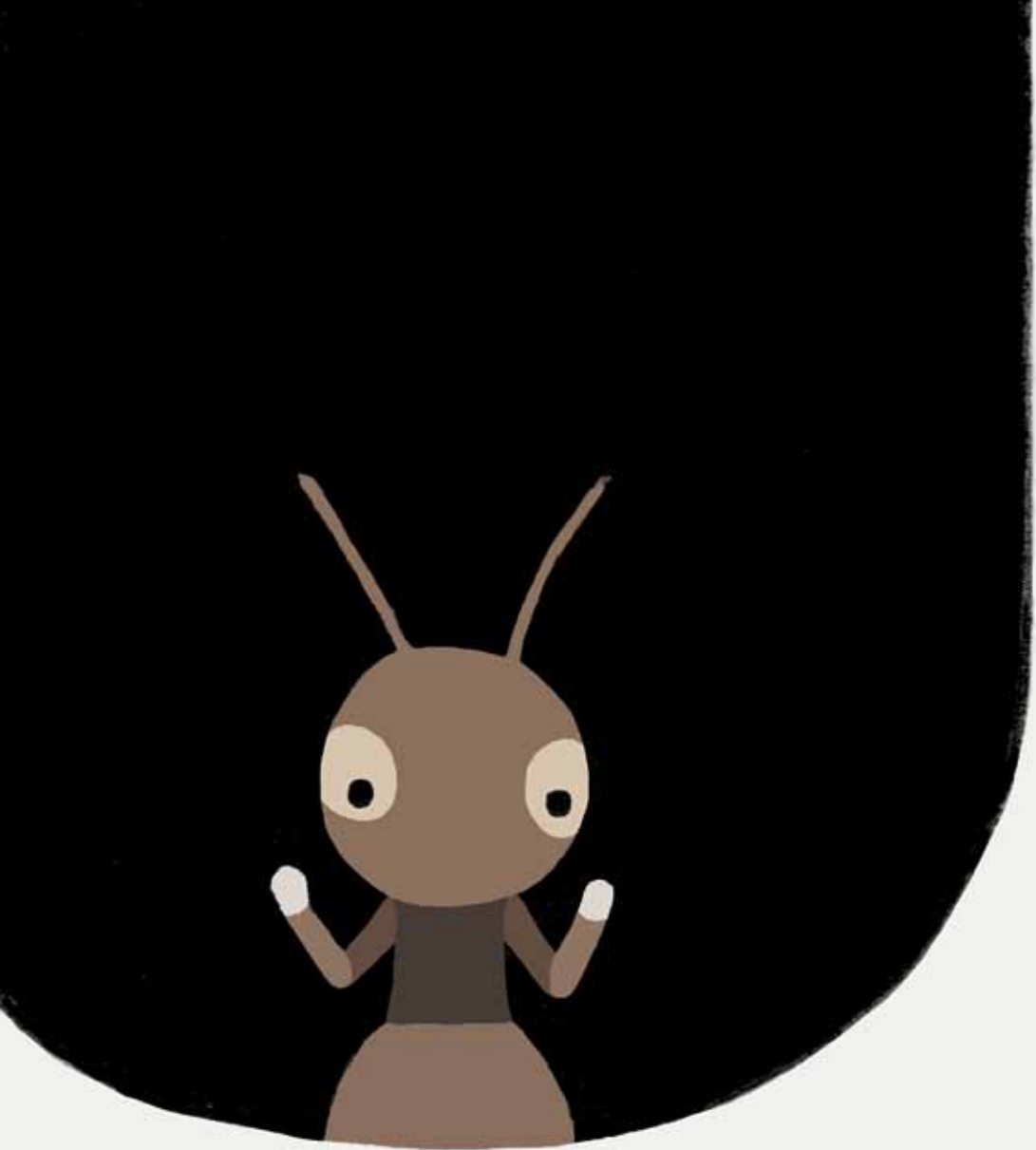
Y decidí hacer lo que pudiera para regresar.

No solo para estar con mamá. También para contaros todo esto. He visto tantas peleas cuando jugáis y tantos lloros por cualquier cosa que me apetecía que conocierais a la pandilla más feliz que he visto en mi vida.

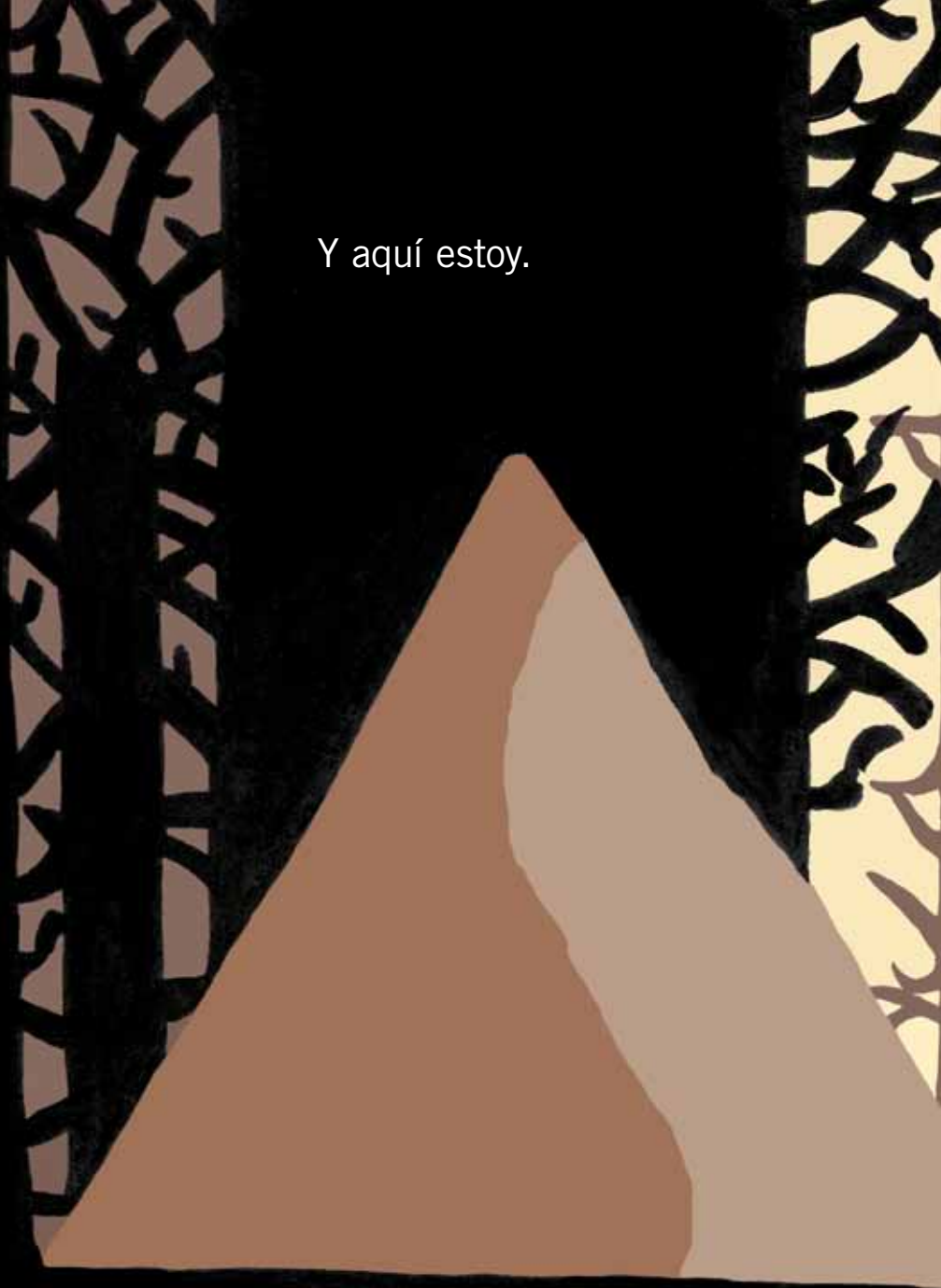




Así que corrí hasta la mochila y me refugié allí. Tardé muchos días, pero logré regresar.



Y aquí estoy.





Me encantaría que os pudierais colar en una mochila, como yo,
y aparecierais en Malí. En ese país.

Eso sí. Nunca comáis tantos Donuts como yo.



Primera edición: noviembre, 2020

© texto: Berna González Harbour

© ilustraciones: Antonio Acebal

Edita: Medicusmundi Norte

Financia: Ayuntamiento de Gijón

Concepción gráfica: Forma

Impresión: Gofer

D.L.: AS-1970-2020

Impreso en España

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros medios, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

